

— ¡Dí... dí... dime... res... res... res...
póndeme con esa hombría de bien de
que blasonabas hace un rato: ¿Qué culpa
tiene esa inocente criatura de que tú, por
odio, por rencor ¡por lo que sea! rechaces,
rehuses lo que en haz y en paz te...
te... te pertenece? ...

¿No dices nada? ... ¿Te callas? ...
¿Vacilas? ...
¡Ah, nunca creí que fueras tan mi...
mi... miserable!

¡Y ahora es tiempo de poner manos á
la obra! ... mañana sería tar... tar...
tarde! ...

«Pajarito» titubeó un momento; sostuvo
una lucha íntima; hizo un esfuerzo supremo;
hasta que al fin, con voz sorda, dolorosa,
cual si le quitaran de un tirón el arma de la
herida lancinante que recóndita sangraba,
exclamó resuelto:

«¡Voy, sí voy!... ¡Tóo por mi hija!»

XXIII

BEL baño pronto! ... ¡Bien templado,
como lo manda el médico!
¡Aquí mismo! ... ¡Cierra esa ventana!

Usted, Pepa, ¡saque sábanas limpias y traiga la esponja!

¡Pon el baño cerca de la cama! ... ¡así!

¡Esta agua está hirviendo! ... ¡Nada hacen vdes. en regla!

¡A ver el termómetro! ... ¡Ha de tener 32 grados de temperatura!

¡Más agua fría!

¡No tanto, mujer! ¿no ves que sería cuenta de nunca acabar? ...

Coge, Julián, á mi tío por debajo de los brazos, y vd., Pepa, ¡salga de aquí! ...

Yo le tomaré por las piernas. ... ¡pesa tan poco el pobre tío!

— «¡Ay! . . . ¡Ay! . . . »

— ¡No es nada, tío, no es nada! . . . ¡una zabullida y en seguida fuera! . . . ¡cuestión de cinco minutos! . . . »

Y el señor Illescas, quieras que no, fue metido en el baño.

De pronto sintió el agua sobre sus flácidas carnes como un cauterio, caliente muy caliente. . . . A medida que su cuerpo se atemperaba al baño, le entraba un reposo agradable; amortiguóse el zumbido de la cabeza y el dolor de las coyunturas; el criado, á una indicación de Sátrapa, le frotó al enfermo repetidas veces con la esponja la espina dorsal; concluyéndose esta operación, lo levantaron en vilo y lo envolvieron en una sábana calentada de antemano, para meterlo en la cama.

— ¿Qué tal se siente vd.?

Don Javier movió afirmativamente la cabeza.

— ¡Bien, verdad? . . . Es lo que dice el médico: estos baños á mañana y tar-

de darán muy buenos resultados. . . ¡La hidroterapia es maravillosa en estos casos!

Le mulliré las almohadas!

— Julián, sostén á mi tío la cabeza!

— Ahora á dormir en estas almohadas que han quedado blandas y suaves como secdal . . . ¡Y hasta las cinco que tocá el alimento!

Entró el médico de puntillas; consultó su reloj de bolsillo; pulsó al enfermo; á tiempo que Pepa y Julián sacaban del baño el agua con sendas cubetas y ordenaban los muebles del cuarto.

— ¿Qué tal va?

— ¡Bien! . . . ¡Parece que el segundo baño le ha asentado mejor que el primero! . . .

— Es porque he modificado la temperatura de éste; el primero fué muy caliente, unos 36 grados.

— ¿Trae vd. el certificado médico para presentarlo al juez?

— ¡Aquí lo tiene vd.!

— ¡Gracias! Ahora pediré la tutoría, porque ya ve vd. que mi tío no está en condiciones de nada. A mí me gustan todas las cosas en regla y conforme á la gravedad de las circunstancias, para estar prevenido contra cualquiera contingencia.

— ¡Mire vd. qué inmóvil se ha quedado! Ha desaparecido aquel bullir y removerse á cada paso con peligro de caer de la cama.

— Sí; es consiguiente, después del baño; dentro de poco dormirá como un bendito. . .

— ¡Dios lo quiera!

— Me retiro; tengo que seguir mis visitas; ya sabe vd.: ¡mucha quietud y no se olvide del baño á las seis!

— ¡Chits! . . . ¡Que duerme mi tío!» — exclamó Sátrapa al escuchar el ruido que hacía el baño al ser arrastrado de junto de la cama.

Illescas parecía dormido; estaba boca arriba con los ojos cerrados y las manos

sobre el pecho; en la sábana que lo envolvía se marcaban, aquí y allá, en ángulos agudos, los salientes huesos de su humanidad enflaquecida; Sátrapa, antes de salir del cuarto, se acercó al lecho y con júbilo oyó la respiración acompasada de su tío que parecía sumergido en dulce sueño.

— ¡Duerme! . . . ¡mejor que mejor, así podré entregarme con toda quietud á mis quehaceres del día!» — y se ausentó de la alcoba cerrando tras sí la puerta.

Illescas no dormía; estaba bajo la placida impresión del baño que confortaba todo su organismo; á lo pesado de la cabeza sucedióse una lucidez de entendimiento; aquel caos de sombras que por muchos días entenebreció su cerebro, se iba disipando poco á poco.

En su mente se removían todas las cosas pasadas de su vida; primero en amontonamientos apiñados, confusos y heterogéneos, donde no podía su recuerdo poner orden, medida ni concierto; apun-

taba aquí una fecha lejana; apartecía por
 acá un hecho borroso; se confundían las
 personas y se involucraban los nombres
 en aquel desfile dilatado de acciones y
 peripecias. El escudo no se movía; rígido y quieto
 temía que al cambiar de postura se fueran
 ra toda aquella lucidez de su espíritu
 eual se cambian y revezan los vidrios por
 hieromios de un kaleidoscopio al menor
 movimiento del tubo que los contiene.
 Repentinamente, con una claridad pas-
 miosa, se le presentó en el rincón de su
 debilitada memoria un punto luminoso
 que difundió sus rayos; y á luz plena
 con los más fuertes y precisos detalles
 vio la salida de su aldehuela, cuando des-
 pués del temido sorteo (en el cual había
 sacado número muy alto), quedó libre de
 ofrecer su contingente de sangre en las
 filas bisoñas que se aprestaban á luchar
 por la Patria, á seguir la amada bande-
 ra y á proclamar la soberanía de su Rey.
 A todo ello se sucedieron las aulas; las

asignaturas; las parrandas con los com-
 pañeros de estudio; los chichisbeos á la
 salida de la iglesia y las serenatas al pie
 de la reja; cuatro locuras y tres amoríos
 dando al suelo con la vocación y que-
 brantando la carrera... Allá los pobres
 viejecitos llorando de pena; el caserío
 blanco y apeñuscado perdiéndose en las
 nubes polvorosas que levantaban á su lar-
 go trote las caballerías... en seguida, el
 puerto poblado de buques mercantes y
 de trasatlánticos, inmensos; las lanchas
 abarrotadas de boinas y pañuelos, con
 estruendo de saludos y entusiasmo de
 canciones... El humo de las chimeneas
 hollinadas obscureciendo el límpido ho-
 rizonte; el mar sereno, dilatando su azul
 bordado de espumas en lejanías ignotas
 que atraían, prometiendo los misterios de
 un viaje aventurado... La travesía ale-
 gre, donde las añoranzas de una niñez
 plácida y una adolescencia bulliciosa po-
 nían tristezas pasajeras, que se alejaban
 al canto de las malagueñas, ajustadas al

son de la guitarra de rasgueos nutridos y albarillos afinados. . . . Luego el desembarco en tierra extraña. . . . la bahía menos extensa que aquella de donde se saliera; la gente menos hostil; la nostalgia de la patria, en los primeros días, nublando las luminosas noches tropicales, y el habla hermana, el cordón umbilical que nos une á la antigua madre por el don de la palabra, trayendo el recuerdo de la tierra que le vió nacer. . . . El trabajo consiguiente al burdo aprendizaje de mostrador adentro; reclusión obstinada que lo apartaba de la calle y de las fiestas. . . . Pegado siempre al despacho, sin un punto de descanso bajo la atenta vigilancia del patrón ensóberbecido. . . . La blusa y la alpargata por sello de un cautiverio prolongado. . . . Disputas, altercados; una que otra bofetada en castigo de faltas ligeras. . . la petición de la cuenta. . . el alcance de tres años de trabajo; el lío de escasa ropa debajo del brazo y camino ancho y franco para lar-

garse á donde quisiera. . . . Y dió en otra población de más reducido movimiento, pero de suelo más hospitalario. . . . ¡Otra tienda, otras costumbres, otros marchantes! . . . El patrón menos exigente; el trabajo menos crudo y la comida y el regalo más abundantes. . . .

Aquí hizo el pensamiento de Illescas una parada; obscurecióse un instante aquel rincón de la memoria, para luego volver la luz á alumbrar el retrospectivo cuadro.

Véala la tienda en toda su diminuta y ordenada forma.

Anaqueles repletos de botellas alineadas, con casquillos rojos, dorados y celestes, de llamativos marbetes; botellas, encuyas panzas el rojo encendido del tinto y el topacio rutilante del blanco, deslumbraban con las luces que penetraban por las puertas; á un extremo del mostrador, la «piquera*,» con frascos lucientes que contenían la glauca yerbabuena, la amarillenta naranja dulce, la verde

ruda y el rosa pálido del anisete; la ventruda tinaja al pie de esta «piquera» y junto al mostrador; en uno á manera de imbricado, las tazas boludas, superpuestas, en alineación brillante y simétrica; abajo de este enfilamiento de loza, casilleros con las semillas: aquí el negro frijol; en seguida el menudo y blanco arroz, el verdino café y el colorado cacao; el vertedor de hoja de lata sobre la boca abierta de un saco de lentejas; fuera del mostrador, una barrica con sal, licuándose por la humedad de la mañana y resecaándose y fulgiendo por la ardencia del sol de la tarde; un cajón en esta esquina, que sostenía el abultado rollo de jerga con listas rojas y azules; en una de las jambas de las puertas, un colono de escobas de largo mango y tiesas y sonontes palmas, que, á estilo de armas en pabellón, hacían de centinela á la entrada de la tienda; en este otro lado, petates *capisayos*, en bultos más ó menos voluminosos; dentro de unos andenes, eri-

zados de clavos, de los cuales pendían artefactos de uso diario, rimeros de sombreros de palma y de petate, pintos, copudos y abundantes.

En la mañana muy temprano, á abrir la tienda, barrerla, y en seguida á despachar á los marchantes madrugones que, de camino para el mercado, bebían en ayunas el primer trago de aguardiente... Después el desayuno: buen chocolate, escogido pan y sabrosa leche fresca; á poco seguía el continuo despacho matinal para los vecinos: azúcar, café, piloncillo, pan, chocolate y pinole... De 9 á 10, se vendía manteca, frijol, arroz, tallarines, lentejas, tal cual pedazo de jamón y no poca sal con su agregado de chile ancho, pimienta y clavo... A medio día, era cosa de enfielar la balanza y equiponderar parvedades de semillas; partir en terrones el azúcar; medir con raseros el maíz desgranado y con microscópico recipiente el café molido... envolver todo ello en papel de estraza, con presteza y con

aliño, que eran aquellas envolturas de una simetría vistosa y atinada; de allí, apartar por clases tales bultos empapelados. . . . De dos á tres, otra tarea de despacho. . . . hasta la noche que pedían el petróleo, las velas, los fósforos y el aguardiente. ¡Cómo se arregotaba el pobre mozo á esta vida regalona de trastienda!

¡Cómo maldecía de su primer cautiverio, ahora que lo comparaba con los blandos quehaceres de aquel tendejón de barrio!

¡Y con qué gusto esperaba el domingo, ó el día festivo, para cerrar las puertas á la primera campanada de las tres de la tarde!

En cayendo día de guardar, tenía la tarde libre para pasear el pueblo de arriba á abajo, lejos de la odiosa blusa y de la grósera alpargata, que, á sus recuerdos, se le presentaban tales aditamentos como ominoso signo de una esclavitud sancionada por las leyes y especulada

por los hombres. . . . Ahora llevaba la ropa limpia y el ánimo alegre, sin temores al rezongo sempiterno del tan malhumorado como gruñento amo, ni maldiciones contra la reclusión diaria tras el mugroso mostrador. . . .

Contaba con amplia libertad y ambiente dilatado para respirar á pulmón pleno, y fabricar castillos en el aire, y hacer mangas y capirotos de sus deseos y de sus antojos, que antes todo se le volvía buscar la salida y preparar la fuga para huir de las enmohecidas rejas que lo aprisionaban.

Volvióse á detener el galope de la imaginación de Illescas, como cansada de aquel correr por tan largo y deleitoso viaje.

A poca tregua, coordinó de nuevo sus ideas (siempre con los ojos cerrados y la cabeza quietamente hundida en las blandas almohadas), y alcanzó el punto donde se quedara.

A la viveza del remoto recuerdo se

iluminó la tienda, brillando su anaquelaría de un modo extraordinario.

En un ángulo del cajón, que sostenía el ya amenguado rollo de jerga, estaba sentado, casi en cuclillas, un harapo de hombre, de pies hinchados, manos asquerosas y rostro abotagado, cubierto con las alas pringosas de un sombrero de petate, destejido de los bordes y tan lleno de grasa y de toda clase de suciedades que se tomaría por embreado; para complemento de tanta ruindad y colmo de tal ineunía, traía un agujero en medio de la copa, por donde se erizaban negros pelos á semejanza de rústico airón cortado á cercén, á propósito para dar la cifra de quien fuera la despreciable humanidad que llevaba encima aquella inmunda pelambarrera; sobre las dobladas rodillas apoyaba los codos y entre las manos tenía la gacha y dormilona cabeza; rezonaba á ratos y roncaba luego. Era uno de esos borrachitos que se avecinan en los tendajos para esperar el momento cer-

cano á la convidada de algún compieche de copa y trago, ó la oportunidad de hacer algún mandado, ó levantar un fardo, por lo que le dan, como muy cumplida paga, un buche de lo fuerte ó un largo vaso de *ánimas*.* Allí estaba como de costumbre el tal, esperando la suya, cuando entró por la puerta que comunica la tienda con el resto de la casa, una muchacha de muy bien parecer, de negra y espesa cabellera, levantada y ceñida en trenzas sobre el cogote; con pañuelo que no velaba las turgencias del seno; largo delantal y una honda cazuela entre las dos manos: «¡Vengo por el café! —dijo al dependiente.»

—«Pues hay que traerlo de la tras-tienda. . . ¡ven!» —contestó el mozo tomando el vertedor.

Pasó por delante la muchacha cimbrando su cuerpo gallardo; siguióla el mozo, y se aventuró la pareja entre hileras —verdaderos muros— de sacos hinchados de frijol, arroz, café y cacao, hasta

el fondo obscuro y solitario de la bodega.

«¡Tan, tan!» — golpeaban sobre la recia madera del mostrador.

«¡Cuartilla de azúcar y un rial de manteca!» — gritaba la voz atiplada y chillona de una rapaceja que daba repetidos golpes con los nudillos.

«¡Que cuartilla de azúcar y un rial de manteca!» — tornaba á gritar.

Nadie contestaba.

El borrachín dejó su soñolencia á los golpes y demandas repetidas del azúcar y de la manteca, y dando trompicones se acercó al mostrador y gritó con voz aguardentosa:

«¡Gachupín! . . . ¡Gachupín, aquí buscan! . . . ¡Que ejtás sordo! . . . »

Salió primero la muchacha con la cazuela llena de granos de café, encendido el rostro, ruborosa la mirada y el paso menudo; el dependiente apareció después hecho una furia contra el borra-

chín por sus estrepitosos gritos, y en viéndolo, le dijo:

«¿Quieres callar? ¡borrachón!»

— «¿Y tú qué buscas?»

«¡Cuartilla de azúcar y un rial de manteca!»

Dió el envoltorio de azúcar; pesó el trasto en que se llevaría la manteca, y despachó á la rapaza.

— «¿Mi ñapa?» *

— «¡No se da ñapa!»

— «Pué doj grano y medio en el granero * de mi tía Goyal!» *

— «¿Qué número?»

— «¡El dieciséi!»

Tomó el dependiente tres granos de frijol, partió por la mitad uno con los dientes, y echó los dos y medio en el granero de seña Goyal.

¡Oh, con qué insistencia se le reproducía en la memoria á Illescas aquella escena de tantos años atrás!

Quería borrarla, apartarla de sí, y cuanto más empeño ponía en olvidarla,

El disimulo, la mentira, el disfraz para sacar á flote el goce oculto; el temor, la duda y el recelo para esconder la falta.

¡Cómo se le juntó el cielo con la tierra cuando una noche le dijo su amada hecha un mar de lágrimas: «¡Voy á ser madre!»

¡Entonces comprendió toda la enormidad de su falta; lo infame de su conducta; lo punible de su ingratitud!

Aquella muchacha en la familia de un bondadoso amo era tenida y mimada como hija; desde muy pequeña la caridad de un matrimonio estéril recogió la pequeñuela, en quien fijaron todo el cariño paternal que no pudieron poner en otra parte. Y él, un intruso, un extraño, viviendo bajo el mismo techo, comiendo el mismo pan, manciillaba el nombre de aquella muchacha, ¡llevaba la desgracia para aquel feliz matrimonio!

Suspendió Don Javier el discurso de

sus recordaciones; se removió en las sábanas; se volvió sobre el lado izquierdo, resuelto á cambiar de pensamiento; y el recuerdo ceñudo, fiero, hurraño, atenta- mente se le metió en la memoria como un clavo ardiendo. . . . «¡No, no!» — exclamaba; — se llevaba las manos á las sienes; extendía los brazos y hacía ademán de apartar de su lecho aquellas visiones que le representaban al vivo su primera y espiada falta. . . . Y el recuerdo seguía cavando, hondo, hondo, con la indiferencia de un sepulturero, en su acalorado pensamiento.

Y quiso declarárselo todo á su generoso amo; pedirle perdón y ofrecerle reparar la ofensa de la manera más apropiada. . . . pero no tuvo alientos para hacerlo; le paraba un temor pueril; se lo impedía un escrúpulo vano; se lo vedaba una modestia necia; ¿quién era él para solicitar semejante cosa? . . . ¡Un andariego; un extraño; un cualquiera venido ayer para vender cuartillas de

mantea! . . . ¿Y su propia falta no era la peor recomendación para el asunto?

Noches en vela; pesadillas horribles. Y desde aquel día fué la lucha contra el llanto de aquella mujer y el desengaño que se aproximaba.

Decidió de todo á todo fugarse, huyendo por el camino; la juventud triunfó sobre todos los obstáculos; enderezó el rumbo, y se puso á andar.

Y á media noche, con cautela, como un ladrón, tomó camino; negocio en que él pusiera la mano, lejos, muy lejos.

Cuando en medio de su fuga vió aparecer el nuevo día siguiente á la noche de su huida, pensó en el escándalo que produciría su escapatoria entre los vecinos; las consejas y comentarios á que se prestaba; luego, la impaciencia de los habituales marchantes tempraneros al ver cerrada á hora desusada la puerta de la tienda; la extrañeza de su amo, la desesperación de ella; las pestes con que le regalarían algunas comadres del barrio; entre las que descollaban las ha-

bladoras y tosegosas viejas, seña Mencha y doña Primitiva.

Y desde aquel día fué la lucha contra la miseria; la desconfianza de la gente; el trabajo duro, la soldada escasa y el tropello inicuó llenaban de espinas su camino.

La juventud triunfó sobre todos los obstáculos; enderezó el rumbo, y se metió por fuertes y atrevidas especulaciones; y todo vino á la postre á pintar

como un ladrón, tomó camino; negocio en que él pusiera la mano, lejos, muy lejos.

Cuando en medio de su fuga vió aparecer el nuevo día siguiente á la noche de su huida, pensó en el escándalo que produciría su escapatoria entre los vecinos; las consejas y comentarios á que se prestaba; luego, la impaciencia de los habituales marchantes tempraneros al ver cerrada á hora desusada la puerta de la tienda; la extrañeza de su amo, la desesperación de ella; las pestes con que le regalarían algunas comadres del barrio; entre las que descollaban las ha-

Y el ruido metálico de las monedas acallaba los gritos de su conciencia. . . .

Aquí Illescas apretó fuertemente los ojos; movió con furia la cabeza para apartar con el impulso de su voluntad el tropel apresurado de pensamientos y recuerdos que venían á agujerearle el crá-

neo; y cuanto más apretaba los párpados, más y más se aferriaba el constante recuerdo; impotente para luchar con su propio pensamiento en las obscuridades de su cerebro, abrió los ojos, encandilóse, giró la vista por todos los ángulos del cuarto, y al volver á familiarizarse con aquellos objetos vivos que lo arrancaban de un pasado muerto, se fué descolorando poco á poco la visión retrospectiva de su pasada existencia, y una pesadez de cabeza y un calorífo de cuerpo inundó todo su ser enfermó.

Había cesado el efecto sedante del baño!

El ruido que se oía en las tinieblas...



XXIV



RRRRRR!... RRRRRR!... RRRRRR!...
Y las gallinas en parvadas acudían á la puerta del corral, atraídas por el ruidoso llamar de Micaela, quien con el delantal arregazado, para contener el abundante y codiciable grano, iba sacando de él puñados de la matinal pitanza para arrojarla, aquí y allí, á la ansia loca de las hambrientas gallináceas.

El gallo venía capitaneando el tropel, la cresta y las carúnculas rojas, avivado el ojo y recios y corvos los sañudos espolones, con un ¡co. la! co. la! co. la! en el pico inquieto, al que contestaban las gallinas sometidas á su sultánica voluntad con cacareos más ó menos ruidosos y prolongados; todas se disputa-